

TERTULIA
DE LA ALDEA,
Y MISCELANEA CURIOSA
DE SUCESOS NOTABLES,
AVENTURAS DIVERTIDAS, Y CHISTES
graciosos, para entretenerse las noches del In-
vierno, y del Verano.

PASATIEMPO I.

CONTIENE LA PRESENTE TERTULIA
*el Suceso Historial de los dos mas nobles Españoles, y gene-
rosos Vizcaínos: lo que les aconteció en sus viages de Flan-
des y Bolonia: estraños y singulares acontecimientos los
mas raros, y especiales que se refieren en las Historias.
Siguense á este Suceso las Aventuras de D. Quijote de la
Mancha: su primera salida. Armase de Caballero en la
venta. Guarda las armas, y caso que le aconteció con unos
Arrieros. Sale de la venta en busca de Aventuras. Ter-
mina la Tertulia con Chistes y Quentos, y se refiere el
Quento Chistoso de la Caldera de Mostoles y la berza de
Murcia. Otro, los famosos Barberos de Tordeumos y de
Logroño, tan diestros, que uno sangraba sobre la calzeta
y el otro sobre la bota de caña.*

TOMO PRIMERO.

CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Manuel Martin, calle de la
Cruz, donde se hallará esta, y otras diferentes. Año de 1775.

TERCERA
DE LA ALDEA
Y MISCELANEA CURIOSA
DE SUCEZOS NOTABLES
AVENTURAS DIVERSAS, Y CRISTOS
graciosos, para entretenerte las noches del In-
vierno, y del Verano.

PASATIEMPO I
CONTIENE LA PRESENTE TERCIERA
de suceso historial de los dos mundos las Indias, y las
islas y facinas: lo qual es necesario en sus viajes de
las y Bionda: estradas y singulares acontecimientos
maritimos, y especiales que se refieren en las
diagnos de este mundo las Indias, y las
Indias: su primera salida, desde el Capitan
Juan. Guardar las annas, y para que se acordó con
diversos. Solo de lo venia en busca de aventuras. En
esta la Tercia con Casas y Quiros, y se refieren
Quinto Capitulo de la C. de Indias, y se refieren
libro. Otro, los sucesos de las Indias, y de
Bionda, y de Indias, que son en gran parte la causa
y el otro sobre la parte de ella.

TOMO PRIMERO.
CON LICENCIA.

MADRID: En la Imprenta de D. Miguel Martin, calle de la
Cruz, donde se halla esta, y otras diligencias. Año de 1775.

3

ADVERTENCIA AL LECTOR.

Lector mio, habiendo concluido con las Historias Sagradas, y Politicas, y deseando tu diversion honesta, christiana, y divertida, he determinado ahora darte una *Miscelanea curiosa de Sucesos, Aventuras, y Christes graciosos*, en que puedas egercer el tiempo desocupado, y divertir á tus amigos en las conversaciones, y Tertulias; que por eso te intitulo dichas Miscelaneas con el sobrenombre de *Tertulia de la Aldea*. En ellas encontrarás algunas moralidades muy provechosas para el alma, que aunque graciosas, y divertidas, no carecen del fruto debido. Daránse periodicamente, como se han dado las Historias, y al precio de un real en quatro pliegos, en la misma Imprenta de Don Manuel Martin, calle de la Cruz, frente de la del Pozo. VALE.



MUY cerca de la Imperial, y coronada Villa de Madrid se reconoce un Lugar, no muy mal puesto, por su trato, y comunicacion continua en la Corte. Sus habitantes son mui cotidianos en ella al despacho de sus haberes, y haciendas, para la manutencion de sus casas. Con las inmediaciones de Madrid son menos incultos, y agrestes, que los de otras Aldeas; pues cursan de quando en quando las noticias de las Gacetas, y novedades de los Mercurios; con las quales, y otras que adquieren, componen sus Tertulias en las cocinas, en las heras, Atrio de la Iglesia, y Casa de Concejo, con que pasan los intervalos de su trabajo, divertidos algunos ratos. Hallabanse á la salida del Lu-

gar en corrillo el tio Juan Bermejo, el tio Anton Terrones, y el Hidalgo Benavides. Acertó á pasar para Madrid á ciertas diligencias el Escribano del Lugar, Matheo Rebolledo, y todos á una voz le encargaron no se bolviese en valde, sin traer buenas noticias, para divertirse aquella noche en la cocina de Anton Terrones. Ofrecióles que lo haria gustoso, y con todo esmero; y mas que tenia que verse con un sugeto que las gastaba buenas, y muy selectas.

Detuvose el Escribano en Madrid mas de lo que imaginaba; y aunque impacientes los sobredichos tios de su tardanza, se holgaban de ella, persuadiendose, que traeria mas con que tener que divertirlos muchas noches. Llegó en fin el Es-

4
cribano despues de quatro dias: concurrió aquella noche á ver á sus amigos en casa del tio Terrones, y luego que le vieron entrar por la puerta de la cocina, le empezaron á preguntar noticias de la Corte. Amigos, dijo el Escribano, si os he de decir la verdad, no ocurre cosa especial acerca de novedades, porque todo lo que se dice es de poco, ó ningun fundamento, á que no se da el debido credito: mas no obstante, no eché el viaje en valde; porque concurrí algunas noches en casa de algunos amigos, y observé, que hablaban muy diferentemente que en otras ocasiones en que havia concurrido; pues siendo muchos los que asistian, unos se ocupaban en jugar, otros en ver jugar; unos á la copa de un brasero hacian corrillo, hablando de cosas indiferentes, y nada perniciosas: pero otros de humor mas fresco, y festivo, agregados á una cocinilla Francesa, referian quentos divertidos: uno salia con una Historieta graciosa, otro con varios Chistes agudos, que fingidos, ó verdaderos, causaban mucha risa, y diversion á todos, y hacian las horas de tan prolongadas noches instantes, y minutos. Daba la hora asignada para levantar velas, y cada uno marchar á su casa, y unos á otros, despues de celebrar sus quentos, y gracias, se encargaban no viniesen desnudos de Chistes, y Burlas á la noche siguiente.

Parecióme grandemente aquella diversion, y pasatiempo, y luego me propuse plantar este festivo methodo de divertirse entre mis compañeros, y compatriotas, donde, sin ofender á nadie, pasasemos las noches divertidas en nuestras cocinas. Agradó mucho la propuesta á los tios Bermejo, Terrones, y Benavides, con otros que allí se hallaban: y luego todos, unánimes, se obligaron, y ofrecieron á traer su noticia á la Tertulia, segun y como la huviesen oido, ó leido en algunos mamotretos de su ruda, y agreste Libreria. Uno decia: en verdad que á mi no me coge desprevenido, porque tengo buenos libros que me tocaron de la herencia de mi muger, por muerte de su tio el Licenciado Don Sebastian Fernandez; y creo que entre ellos han de estar los de Don Quijote de la Mancha, que verdaderamente traen aventuras tan estrañas de aquel Caballero, que harán reir á una estatua de bronce. Otro decia: hago memoria, que la tia Ropillona, quando murió, me mandó un libro especialisimo, y divertido, que á un nieto suyo le man-

mandaba leer muchas noches quando estaba hilando en la cocina, que si no me engaño, se intitula Gazmoño Alfarage. Saltó el Hidalgo Benavides, y dixo: Tio Terrones, mire lo que dice, que ese libro no se llama Gazmoño Alfarage; querrá decir Guzman de Alfarache. Asi es, señor Hidalgo. Pues en verdad, dixo este, que no es mal librito: yo tambien le tengo, y entre ellos otros del mismo jaez, tan divertidos, y graciosos, que no dudo nos hagan reir sin quento; pues hay Sucesos, y Chistes tales, que alegrarán á una viuda triste, afligida, y desconsolada.

El tio Bermejo, como socarron callaba, y oia á todos hacer relacion de sus libros, y por ultimo dixo: Yo no dejo de tener tambien mi piedra en el rollo; porque tengo algunos libritos, que aunque viejos, y ahumados, no dejarán de hacer su papel en corr llo como el mas pintado; ello dirá si no nos atrapa la muerte. El Escribano, haciendo de Cortesano, habló á lo sabiondo y politico, y dixo: Buenos son todos los libros referidos, para el caso que se pretende; pero amigos mios, los que yo voy nuevamente adquiriendo son sacados en el dia de la prensa, tan divertidos, y verdaderos, que los sugetos de mayor ca-

5
racter los compran en Madrid, y remiten á muchas partes. Danse por semanas en folletos de tres pliegos cada uno, y tienen suficiente materia para divertirse una noche. Vendense á seis quartos y medio cada uno en la Imprenta de Don Manuel Martin, calle de la Cruz, frente de la del Pozo: y es tanto lo que han cundido estos papeles, que ya no hay puesto en Madrid que no los tenga. Tan varatos se venden, señor Escribano, dixo uno? Si amigo. Ahorcado sea tal varato, dixo el tio Bermejo. Y para que usted lo vea, aqui traigo uno de la Historia del Rey Herodes, que tiene tres pliegos bien metidos. Enseñóle. Ola, dixo el tio Terrones, que tienen estampas. Claro está, dixo el Escribano, y muy finas. Vaya que es cosa prodigiosa, dixeron todos.

Mas todos á una voz saltaron: Señor Escribano, diganos por su gracia, qué papeles son esos, y de qué tratan, que puto sea el que no los compre. Si os lo diré, respondió luego. Ya oisteis como se vedaron por Decreto del Real Consejo aquellas Historietas antiguas, llenas de patrañas, y mentiras, de Roland en Roncesvalles, del Gigante Fier-Abras, y Puente Mantible, de Carlo Magno, los

los doce Pares de Francia, y otras semejantes, que en vez de aprovecharnos nos embustaban nuestras cabezas de disparates, y hacian mucho daño á la juventud con sus embustes. En verdad, dijo el tio Bermejo: por señas que usted, Señor Escribano, por orden que tuvo de Madrid, saqueó muchas de muchas casas del Lugar, y á mi me pilló no pocas. Pues sepa tio Bermejo, que no fue nuestro Lugar solo el que padeció este saqueo; que en Madrid, Sevilla, Valladolid, Zaragoza, Barcelona, y otras muchas Ciudades, y Lugares grandes, se entregaron al fuego por Carretas.

Esto supuesto, al punto que estas Historietas se recogieron, y vedaron, empezaron á darse en la referida Imprenta unas Historias verdaderas, Sagradas, y Politicas, muy divertidas, y al mismo paso muy utiles á las almas, con doctrinas muy provechosas á todos, que al paso que divierten enseñan; cuya lista de las muchas que ya han salido referiré al tiempo de marcharnos, para que el que quisiere valerse de ellas las compre, y se divierta. Salió uno de los llegados, llamado Mauro Pellejero, y dijo: En verdad que mañana, si Dios me deja llegar allá, tengo que ir á Madrid, y pu-

to sea yo, como dixo el tio Terrones, si me viniere sin ellas, aunque sean mas Historias que trae el Testamento Viejo. Todos á porfia comenzaron á pedir al tio Mauro se las comprase; con que el buen Pellejero vino cargado de Historias como una colmena. A esto dijo en alta voz el Hidalgo Benavides: Amigos, esto está hecho, y asentado; y así manos á la obra: cada uno trayga su retazo de Cuento, Chiste, ó Suceso de hoy adelante á la cocina: mas advierto, que todo lo que se haya de relatar sea puro, y Christiano, sin daño de tercero, segun nos manda Dios, para que nuestras conciencias no tengan que purgar; porque bien nos podemos divertir sin ofender nuestras almas, que la diversion es virtud, si se toma con buenos fines; y que si he de decir lo que siento, aunque sean aventuras de Don Quijote, y Quentos los que se refieran (pero los mas serán verdaderos) hay entre col y col de unas y otras, muchas moralidades, y doctrinas, de que qualquiera se podrá aprovechar mucho: que todo está en el buen interior del que las oye.

Mas ahora pues, para que se de principio á la Asamblea, yo me ofrezco á divertir os esta noche con un Suceso muy extraño, y tal qual Christe que

que me ocurra, con su cacho de aventura de Don Quijote, que verdaderamente son las extravagancias de este loco Caballero tan raras, y jocosas, que es lo mejor que se ha escrito en quanto á la materia. A esto dixo el Escribano: Señor Hidalgo Benavides, he de deber á usted me permita con su licencia, el que yo refiera antes un Suceso que acabo de oír en una de las Tertulias donde estuve en Madrid, que es de los mas notables que se cuentan en las Historias: y por tal, digno de que abra nuestras Asambleas. Vengo bien en ello, Señor Escribano, dixo Benavides; y buuelto aquel al tío Terrones, le dixo: Mande usted avivar mas la lumbre con algunos leños, ó sarmientos, para que todos gocemos con conveniencia de la diversion; y las señoras mugeres sientense en el suelo á hilar, ó hacer media, y punto en boca, porque no han de hacer aqui otro papel que escuchar, y trabajar, reír, ó llorar, quando lo pida el caso. Empecemos con la ayuda de Dios.

Hallabanse en Salamanca estudiando dos Nobles Caballeritos, llamados Don Antonio de Isunza, y Don Juan Gamboa, y deseosos de ver mundo, unánimes, y conformes, determinaron pasar á Flandes. Estando en Ambe-

res recibieron cartas de sus padres, en que les reprehendian, no tanto su determinacion, como el que no los huviesen avisado, para aviarlos con aquella decencia, y comodidad correspondiente á su Nobleza. Anduvieron por varias Ciudades, y por ultimo vinieron á parar á Bolonia, donde admirando los Estudios de aquella Universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia á sus padres, de que se holgaron mucho, asistiendoles con todo lo correspondiente á hijos de padres tan nobles. Eran mozos muy gallardos, y luego se dieron á conocer de todos por su Caballeroso porte, su discrecion, y buena crianza. Captaron las voluntades de los Nobles de la Ciudad los dos Españoles; y como mozos, y alegres pero bien mirados, gustaban de tener noticia de las hermosuras de aquella Ciudad.

Aunque havia muchas con gran fama de honestas, y hermosas, á todas se aventajaba Doña Cornelia Bentibolli, de la antigua, generosa familia de los Bentibollis, que en algun tiempo fueron Señores de Bolonia. Entraronles deseos á Don Antonio, y á Don Juan de verla: pero por mas que hicieron no lo pudieron conseguir; porque un hermano en, cuyo poder estaba, llama-

mado Don Lorenzo Bentibólli, la guardaba por extremo, como á soltera, y hermosa. Aconteció pues que una noche, de las pocas que salian de casa, dixo Don Antonio, á Don Juan, que saliese á coger el fresco por las partes acostumbradas, que él en tanto que rezaba ciertas devociones saldria en su busca. Don Juan le dixo, que él aguardaria: á que replicó el otro, diciendole: idos por donde solemos ir, que yo breve os seguiré. Fuese Don Juan: era la noche oscura, y la hora las once. A tres calles que havia andado, viendose solo, y que no encontraba gentes, determinó bolverse á casa, quando le sucedió en una calle un Suceso notable.

Empezaron á cecearle desde una casa: llegóse á ella, y entreabriendo una puerta, oyó que le decian: Sois por ventura Fabio? Don Juan, por sí, ó por no, respondió: Sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponedlo en cobro, y bolved luego, que importa. Recibió un bulto Don Juan, y apenas se le dejaron, cerraron la puerta. De allí á poco empezó á llorar una criatura, á cuyo lloro quedó Don Juan confuso, sin saber que hacerse; si la dejaria allí, ó se la llevaria. Determinóse á llevarla, y darla á criar, has-

ta saber en qué paraba aquello. Fuese con ella á la posada, y con todo recato se la entregó á su ama, diciendola, que el dia siguiente buscasse quien la criase, y entre tanto aquella noche la pasase con algunos lamedores. Ya no estaba Don Antonio en casa, que havia salido á buscar á su compañero. Descubrieron entre Don Juan, y el ama el emboltorio, y hallaron un niño hermosísimo por extremo. Los paños en que venia envuelto mostraban ser de ricos padres nacido.

Como le havian dicho que bolviese pronto, hizolo así, por si acaso era preciso su favor en alguna cosa. Al entrar en la calle oyó gran ruido de espadas, como de muchos que se acuchillaban. Paróse un poco, y oyó á uno de ellos decir: Ah traydores, que sois muchos, y yo solo. Al oír esto Don Juan, llevado de su valeroso corazón, en dos brincos se puso al lado del que era solo, diciendole: No temais, que el socorro que os ha venido no os faltará hasta perder la vida: menead los puños, que traydores pueden poco, aunque sean muchos. A estas razones respondió uno de los contrarios: Mientes que aquí no hay ningun traydor, que el querer cobrar la honra perdida á toda demasiada licencia.

cia. Pero Don Juan no respondió, sino prosiguió acuchillandose con todos seis. Apretaron tanto á su compañero, que de dos estocadas que le dieron á un tiempo en el pecho, dieron con él en tierra. Don Juan creyó, que le havian muerto, y furioso dió contra todos ellos, haciendo-los huir. Bolvió á ver al herido, y ya le encontró levantado; porque las estocadas encontraron un peto, por lo que las heridas fueron leves.

Haviasele caido á Don Juan el sombrero, y buscandole halló otro, el qual se le puso. El herido se llegó á él, y le dixo: Señor Caballero, quien quiera que seais, yo confieso, que os debo la vida, y quisiera saber quien sois, para mostrarme agradecido. A lo qual respondió Don Juan: No quiero ser descortés ya que soy desinteresado: Yo, Señor, soy un Caballero Español, y si el nombre os importa saber, por si acaso os quisieris servir de mi en otra ocasion, sabed que me llamo Don Juan de Camboa. Mucha merced me haveis hecho, respondió el caido; pero yo, Señor Don Juan de Camboa, no quiero deciros quien soy, porque he de gustar mucho que lo sepais de otro, y no de mi, teniendo yo el cuidado de que os hagan sabedor de ello. Es-

Tom. I.

9
tando en esto, vieron venir ácia ellos hasta unos ocho, y Don Juan le dijo: Si estos son los enemigos que buelven, apercibios señor, y haced como quien sois: pero no eran sino amigos, que luego hablaron secretamente con el herido; y bolviendose este á Don Juan, le dijo: A no haver venido estos amigos, en ninguna manera, señor Don Juan os dejára hasta que acabarais de ponerme en salvo: pero ahora os suplico con todo encarecimiento, que os vayais, y me dejeis, que me importa. Echó menos el sombrero entonces, y Don Juan le daba el suyo, que havia hallado, que sin duda era del caido. Reconocióle este, y dixo: llevese Don Juan por trofeo de esta refriega, y guárdele, que creo es conocido, y denme otro.

Al bolver á la posada Don Juan encontró á Don Antonio Isunza, y le dixo este: Vamos á casa, que tengo que referiros un caso extraño que me acaba de suceder. Dixo Don Juan: no es poco lo que yo tambien podré contaros. Sabreis, dixo Don Antonio, como saliendo á buscaros, á pocos pasos encontré un bulto, que al llegarse, porque venia muy acelerado, conoci ser muger, la qual con voz interrumpida de sollozos, y suspiros, me dixo: Por ven-

B

tu-

tura, señor, sois extranjero, ó de la Ciudad? Estrangero soy, y Español. Pues por la cortesía, dixo ella, que siempre suele reynar en los de vuestra nacion, os suplico, señor Español, que me saqueis de estas calles, y me lleveis á vuestra posada con la mayor prontitud que pudiereis, que allá sabréis el mal que llevo, y quien soy, aunque sea á costa de mi credito. Yo la cogí de la mano, y por calles desusadas la llevé á la posada, y luego que entró en mi estancia, ella se arrojó en mi lecho desmayada. Acudí á echarla un poco de agua en el rostro, y al descubrirsele, me encontré con una hermosura sin igual, y de una edad como de diez y ochos años.

Bolvió en sí, y suspirando tiernamente, lo primero que me dixo, fue: Conoceisme, Señor? No respondi yo. Pues, Caballero, lo que yo ahora os suplico es, que me dejéis aqui cerrada, y no permitais que ninguno me vea, y bolved luego al mismo lugar donde me encontrasteis, y mirad si riñe alguna gente, la que procuraréis apaciguar, que qualquiera daño que resulte, en alguna de las partes, será acrecentar el mio. Dejola cerrada, y vengo á poner en paz esta pendencia. Hasta aqui habló Don Antonio. Mas Don Juan le dixo: No teneis, ami-

go que bolver, que ya la pendencia está sosegada, pues él se havia hallado en ella; y á lo que imaginaba, todos los de la riña debian de ser gentes de prendas, y valor. Contóle asimismo el caso del niño que le havian dado, y como le havia llevado á la posada, y entregado secretamente á la ama. Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno, y se bolvieron prontos á su casa. Al entrar en casa, con las luces echó de ver Don Antonio el sombrero que traia Don Juan con un cintillo de diamantes que deslumbraba; por lo que acabaron de persuadirse ser gente principal la de la pendencia. Refirióle Don Juan todo lo acaecido en ella, y se acordó, como el favorecido por Don Juan le dixo que llevase aquel sombrero, y le guardase, porque era conocido.

Mandaron retirar á los Páges, y Don Antonio abrió su aposento, y halló á la señora sentada en la cama, con la mano en la megilla, derramando tiernas lagrimas. Don Juan, con el deseo que tenia de verla, por lo mucho que havia oido á su compañero ponderarla, se arrimó á la puerta, que havia quedado un poco entreabierta, para verla, y al punto la lumbré de los diamantes del sombrero dió en los ojos de la que

que lloraba; y alzandolos, dixo: Entrad señor Duque, entrad, para qué me quereis dar con tanta escaséz el bien de vuestra vida? A esto dixo Don Antonio: Aquí señora, no hay ningun Duque. Cómo no? replicó ella: el que allí se descubre por lo entreabierto de la puerta es el Duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero. En verdad señora, que el sombrero que viste no le trae ningun Duque: y si quereis desengañaros con ver quien le trae, dadle licencia que entre. Entre en hora buena, dixo ella. Entró Don Juan, y apenas le vió, y que no era el Duque, dixo: Ay desdichada de mi! Señor mio, decidme luego, conoceis al dueño de ese sombrero? Dónde le dejaste? ó cómo vino á vuestro poder? Es vivo por ventura, ó son esas las nuevas que me embia de su muerte? Ay bien mio! qué sucesos son estós? Aquí veo tus prendas: aquí me veo sin ti encerrada, y en poder (que á no saber que es de gentiles hombres Españoles) el temor de perder mi honestidad me huviera quitado la vida.

Sosegaos señora, dixo Don Juan, que ni el dueño de este sombrero es muerto, ni estais en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con quanto las

fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos: que no es bien que os salga vana la fe que teneis de la bondad de los Españoles: y asi estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece. Asi lo creo respondió ella: pero decidme, cómo vino á vos ese sombrero? y adonde está su dueño el Duque de Ferrara? Entonces Don Juan la refirió todo lo acontecido en la pendencia, y que aquel á quien havia defendido lo havia hecho merced de aquel sombrero, sin darsele á conocer. Mas por ultimo la dixo: Y su dueño, señora, si es el Duque, como vos decis, no ha una hora que le dejé bueno, sano y salvo: sea esta verdad parte para vuestro consuelo. Alentó algo la afligida señora, y luego les empezó á referir los amores del Duque; quien era ella, y que se llamaba Doña Cornelia Bentibolli, hermana de D. Lorenzo Bentibolli, que enamorada del Duque, y el Duque de ella, havian llegado á los ultimos extremos de cumplir uno y otro sus deseos, debajo de la palabra que el Duque la havia dado de ser su esposó. En resolucion, llegó el tiempo de verme preñada; y tomando el pretexto de irme á divertir por algunos dias á casa de una prima, mi her-

mano vino en ello. Di pronto desde allí aviso al Duque del estado en que me hallaba: que viniese por mi, y me llevase consigo. En esta noche determinó el sacarme, y llevarme, quando ya mi hermano, receloso de mi suceso, acompañado de otros, esperó al Duque, con quien se acuchillaron. Supelo luego; y con el sobresalto de esta pendencia, que casi la estaba oyendo, me sobrevino el parto, en que pari un hermoso niño: y empañándole una criada mia en unos ricos pañales, saliendo á la puerta de la calle, le dió, á lo que ella dixo, á un criado del Duque. Yo de allí á poco me acomodé lo mejor que pude, y sali á la calle, juzgando que me esperaba el Duque: no le hallé, y expavorida tiré adelante, sin saber donde iba, hasta dar en los brazos vuestros. Y aunque me veo sin hijo, y sin esposo, doy gracias al Cielo, que me ha traído á vuestro poder, nobles y generosos Españoles: y al decir esto, se dejó caer sobre la cama, no desmayada, sino llorando amargamente.

A Don Antonio, y Don Juan se les abrió puerta con esta relacion de Doña Cornelia de todo lo que antes les tenia suspensos, é ignorantes: consolaronla la mejor que pu-

dieron, y la prometieron felices esperanzas, y consecuencias del suceso. Estando en esto, pasaba proximo al quarto el ama ya con el niño, para llevarle á quien le cuidase, y diese de mamar, segun se lo havia mandado Don Juan, quando el niño empezó á llorar. Sobresaltóse Doña Cornelia, y dixo: Qué niño es ese? Trayganmele, que le quiero ver. Trajeronsele: empezóle á mirar; y como era reciennacido, y le havian mudado las mantillas por orden de Don Juan, no le conoció; pero hacia extremos con él, y decia: De dónde os vino esta hermosa criatura? A que respondieron: Señora es un presente que nos han hecho esta noche, poniendonosle á la puerta de la calle. Doña Cornelia le miraba, y remiraba, y como no veia las mantillas ricas que le havian puesto, casi vino á consentir el que no era el suyo. No obstante, dixo: Por Dios, señores, haced que le paladeen con un poco de miel, y no permitais que á estas horas le lleven por las calles: dejad llegar el dia, y antes de llevarle traedmele, que me consuela por extremo el verle.

Al dia siguiente mandó Don Juan á la ama que pudiese al niño los ricos vestidos que havia traído, y bien ador-

adornado, y gracioso se le llevó á Doña Cornelia. Recibióle ansiosa sobre la cama, dándole mil besos, pidió una luz, con que reconoció los vestidos, y se turbó del todo. Dixo á la ama: Señora, este niño, y el que me trajeron á noche es todo uno? Si Señora, respondió el ama. Pues cómo trae tan trocadas las mantillas? replicó Cornelia. Estas mantillas son mías: decidme por vida vuestra, qué niño sea este, si es el mismo que las trajo, y apareció á la puerta de vuestros amos? Escuchaban todo esto Don Antonio, y Don Juan; y no queriendo que pasase mas adelante la suspension, y ansias de Doña Cornelia, la refirió Don Juan como él havia sido la persona á quien su doncella havia dado el niño, dando todas las señas, y circunstancias al tiempo de entregarsele, como ya queda referido. Aseguróse Doña Cornelia, que aquel era su hijo: los estremos, lagrimas, y besos que le daba, y hacia con él, son imponderables. Qué gracias no daba á sus favorecedores, llamandoles Angeles humanos de su guarda! En esto estaban, quando llegó un Page á la puerta del aposento, y desde fuera dixo: A la puerta esta un Caballero, y dice que se llama Don Lorenzo Bentibolli, y

13
busca á mi Señor Dón Juan de Gamboa. Mi hermano, señores, dixo asustada Cornelia, mi hermano, sin duda debe haver sabido que estoy aqui, y viene á quitarme la vida. Socorro señores; amparadme, generosos Españoles. Sosegaos señora, dixo Don Antonio, que en parte estais, y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio. Acudid vos, señor Don Juan, y mirad lo que quiere ese Caballero, que aqui quedo yo en defensa de Cornelia.

Don Juan sin mudar semblante, bajo abajo, habló con Don Lorenzo; saliendo fuera, donde le comunicó el negocio que traia, que era á suplicarle le acompañase á desagraviar su honra con el Duque de Ferrara, que se la tenia usurpada; pues le havia deshonrado una hermana con el pretesto de darla palabra de casamiento: que sabia como ya havia parido, y que se havia ahuyentado, sin saber adonde; y que él ahora determinaba ir á Ferrara, y pedir al mismo Duque la satisfaccion de su ofensa; y si se la negase, desafiarle sobre el caso brazo á brazo: para lo qual pedia su ayuda, y compañía, confiado en que era noble Español, y Caballero. Como ya estaba informado Don Juan se le ofreció lue-

luego, y al dia siguiente se pusieron en camino los dos. Despedido de él, bolvió pronto á sacar de cuidados á Cornelia, que le esperaba por instantes: dixola lo que su hermano havia tratado, y esto en presencia de Don Antonio. A que Cornelia replicó: Valgame Dios señor, qué presto os haveis arrojado á una hazaña tan llena de inconvenientes! Sabeis si mi hermano os lleva á Ferrara, ó á otra parte? si mi hermano se podrá contener á alguna respuesta que le dé el Duque, no bien sonante, en que vaya mi vida, ó mi muerte?

Mucho discurreis, y mucho temeis, señora, dixo Don Juan: fiad en Dios, y en mi industria, que espero componerlo; y mas que hasta ahora no sabemos la intencion del Duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta; y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar sino yo. Y entendid señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano, y el Duque llevó puesto en las niñas de mis ojos: y dicho esto, se despidió. Don Antonio, por lo que podia ocurrir, los iba siguiendo, sin perderlos de vista, dejando encargado á la ama cuidase, y regalase bien á Doña Cornelia. Des-

pues que salieron contó Doña Cornelia á la ama á lo que iban sus amos con su hermano á Ferrara: y ella entonces hizo una exclamacion, y dixo: Ay señora de mi alma, que no estamos seguras aqui! Pensais que vuestro hermano va á Ferrara? No es nada de eso: vuestro hermano los hurtará el cuerpo, y bolviendo, sabidor que estais aqui, os matará: y así señora, tomad mi consejo: Vamonos con el niño á casa de un señor Cura amigo mio, no muy lejos de esta Ciudad, donde estareis segura, y bien servida, hasta que Dios abra camino. Egecutaronlo así, y sin dar parte á nadie, se marcharon luego.

Llegaron cerca de Ferrara Don Lorenzo, y Don Juan, quando vieron venir por el camino una tropa de gente con bastante aparato. Don Juan discurreió, y bien, que acaso vendria allí el Duque; por lo que se apartó de Don Lorenzo, adelantandose, posí era el Duque poderle hablar á solas. Llegó cerca de la Comitiva, y esta puso luego los ojos en la bizzarria, y garbo de Don Juan de Gamboa, especialmente el Duque de Ferrara, que visto el cintillo de diamantes que traia, luego se persuadió ser aquel Don Juan de Gamboa, el que le havia libertado la

vida en la pendencia, y tan de veras aprehendió esta verdad, que sin hacer otro discurso, arremetió á él, diciendo: No creo que me engañaré en nada señor Caballero, si os llamo Don Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposicion, y el adorno de ese sombrero me lo están diciendo. Asi es la verdad respondió Don Juan: pero decid ahora vos, señor, quien sois porque yo no caiga en alguna descortesia. Yo soy, Don Juan, el Duque de Ferrara, el que está obligado á serviros todos los dias de su vida, pues no ha quatro noches que vos se la disteis. Iba Don Juan á echarse á sus pies, mas el Duque le cogió en sus brazos. Don Lorenzo, que de lejos veia esto, juzgó primero al verlos desmontar con tanta ligereza, que aquello provenia de colera; por lo que arremetió su caballo; pero luego que los vió abrazados se detuvo. Acertó el Duque á ver por encima de los hombros de Don Juan, á Don Lorenzo, y algun tanto se sobresaltó, y preguntó á Don Juan, si Don Lorenzo Bentibolli, que estataba allí, venia con él. A lo qual Don Juan respondió: apartemonos algo de aqui, y contaréle á V. Excelencia grandes cosas.

Hizolo asi el Duque, y Don Juan le dixo: Señor, Don Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos no pequeña: dice que havrá quatro noches que le sacaste á su hermana Doña Cornelia de casa de una prima, y que la haveis engañado, y deshonorado, y quiere saber de vos, que satisfaccion le pensais hacer, para que él vea lo que le conviene. Pidióme fuese yo su valedor, y medianero, á que como Caballero no me he podido negar: y asi señor, desearia me dixeseis lo que sabeis acerca de este caso, y si es verdad lo que Don Lorenzo dice. Ay amigo, respondió el Duque: es tanta verdad, que no me atreviera á negarla aunque quisiese. Yo no he engañado á Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice, porque la reconozco por mi esposa: no la he sacado, porque no sé de ella. Si publicamente no celebré mis desposorios, fue por algunos inconvenientes. La noche que me socorristeis con la vida, era quando la havia de traer á Ferrara; y quando llegué á su casa me dixerón, como ya havia salido, y que havia dado á Fabio mi criado el niño una doncella, que es aquella que alliviene: Fabio es aquel otro: mas ni el niño, ni Corne-

nelia parecen. Esto es lo que hay.

Pues ahora bien señor, dixo Don Juan: Quando Cornelia, y vuestro hijo pareciesen, no negaréis ser vuestra esposa, y él vuestro hijo? No por cierto; porque aunque me precio de Caballero, mas me precio de Christiano: y mas, que Cornelia es tal, que merece ser Señora de un Reyno. Luego bien diréis, dixo Don Juan, lo que á mi me haveis dicho á vuestro hermano Don Lorenzo Bentibolli? Antes me pesa, dixo el Duque, de que tarde tanto en saberlo. Al instante hizo Don Juan señas á Don Lorenzo que viniere: y al llegar se adelantó el Duque á recibirle con los brazos, y la primera palabra que le dixo, fue llamarle hermano. Apenas supo Don Lorenzo responder á salutación tan amorosa, y al punto dixo Don Juan: El Duque, señor Don Lorenzo, confiesa la conversacion secreta que ha tenido con vuestra hermana: confiesa asimismo, que es su legitima esposa: que ha quatro noches que fue á sacarla de casa de su prima para traerla á Ferrara, y celebrar sus bodas. Refiere todos los lances de la pendencia, y que quando fue por Cornelia le dixo Sulpicia, que es aquella que viene allí, que

se havia salido á buscar amparo, y el niño que parió aquella noche le dieron á criar. El Duque se culpa de todo, y dice, que siempre y quando Cornelia parezca, la recibirá como su verdadera esposa. Fue Don Lorenzo á echarse á los pies del Duque, mas este le recibió en sus brazos. Dióle las gracias, diciendole: De vuestra Christianidad, y grandeza, señor, y hermano mio, no podiamos mi hermana, y yo esperar menor bien del que á entrambos nos haceis. No pudo proseguir mas; porque las lagrimas se lo impedian, á lo qual el Duque tambien se enterneció.

En esto estaban, quando apareció Don Antonio Isunza de algo lejos, y dixo Don Juan: Sabed, Señor, que aquel que viene allí es mi amigo, y camarada: si es de vuestro agrado, le llamaré venga á nosotros, que no deshará partido en lo que al presente se trata. Vengo muy bien en ello, respondió el Duque; y llegado que fue, hizo el debido acatamiento á su Excelencia, que le recibió muy amigablemente. Refirióle Don Juan todo lo acontecido, y alegróse en extremo Don Antonio: mas dixo éste: Por qué, Señor Don Juan, no acabais de poner la alegría de estos señores en punto? Espe-

peraba , amigo Don Antonio, á vos, para que pidiessis á estos señores las albricias del hallazgo de Doña Cornelia, y de su hijo: así lo haré. Por quanto sabed, señores, que la señora Cornelia, y su hijo están en mi casa; y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho. Con esto fue tanta la alegría que cobraron el Duque, y Don Lorenzo, que uno se abrazó con Don Juan, y otro con Don Antonio, y el Duque alborozado, dijo: Vamos á Bolonia, que yo no tengo de entrar en Ferrara hasta que todos estos contentos los haga verdaderos la vista de Cornelia.

Bolvieron todos muy alegres á Bolonia: el Duque, y Don Lorenzo entraron por calles desusadas, hasta encontrarse todos en casa de Don Juan, y Don Antonio. Estos llegaron antes, y no habiendo encontrado á Cornelia, niño, ni la ama, se quedaron mortales: como tales los encontraron el Duque, y Don Lorenzo: mas bueltos algo en sí, les refirieron el caso: llamaron á los Pages: preguntaronles donde estaban el ama, Doña Cornelia, y el niño, á presencia de todos. Y ellos respondieron: Señores, en el mismo día que vos salisteis para

Tom. I.

Ferrara, Doña Cornelia, el niño, y la ama salieron también: adonde fueron, esta es la hora que no lo sabemos, y es quanto os podemos decir. Quedaron todos como puede discurrirse, sin poderse hablar palabra: y el Duque, y Don Lorenzo se salieron cada uno para su casa, con animo de hacer todas las diligencias para buscarlas, no imaginando ruindad, ni burla alguna de los Españoles, que poco faltó para que estos perdiesen las vidas.

Fuese el Duque para Ferrara: llegó á la Aldéa, y casa de un Cura, amigo suyo, donde muchas veces solia asistir, y desde allí salir á caza, porque gustaba mucho, así de su curiosidad, como de lo divertido, y gracioso que era. Aquí havia sido donde Cornelia, el niño, y ama se havian refugiado. Entrecorrió Cornelia, que el Duque estaba allí, y turbóse en extremo. Quisiera verse con el Cura, y no podia, porque estaba cumplimentando al Duque. Este dijo: Tristísimo vengo, Padre mio, y no quiero entrar en Ferrara, sino ser vuestro huesped: decid á los que vienen conmigo, que se vayan á Ferrara, y solo quede Fabio. Así se hizo. Bolvió el Cura á dar disposiciones para la comida, y

entonces pudo estar Cornelia con él, que le dixo: Por el amor de Dios, Padre mio, disponga las cosas favorables, é indague, qué intencion sea la del Duque ácia mi persona. El Cura respondió: No temais, señora: el Duque viene triste, y no me ha dicho la causa: lo que vos debéis hacer es, aderezar bien al niño, y ponerle todos los diges que el Duque os dió, y asimismo vos tambien, y lo demás dejadmelo á mi cuidado.

Bolvióse el Cura á entretenir al Duque, y atrevióse á decirle, si era posible saber la causa de su melancolía. Padre mio, dijo el Duque, por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie. Pues en verdad, señor, que si estuvierais para ver cosas de gusto, que os enseñára yo una que tengo para mí, que os le causára grande. Por vida mia, dixo el Duque, que me la mostréis, pues será alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandísimo gusto. Levantóse el Cura, y yendo donde estaba Cornelia le tomó el niño bien adornado, y con todas las joyas que la havia dado el Duque. Llevósele, y lo primero que hizo, ponersele al Duque en sus brazos,

el qual, quando miró, y reconoció las joyas, y vió, que eran las mismas que él havia dado á Cornelia, quedó atonito; y mirando al hermoso niño, le apareció, que miraba su mismo retrato. Preguntó luego al Cura, cuya era aquella criatura? No sé, respondió el Cura: solo sé, que havrá unas quantas noches que aqui me la trajo un Caballero de Bolonia, y me encargó le cuidase, y supiese, que era hijo de un valeroso padre, y una madre muy principal, y hermosa. Vino con él una ama para darle leche; y en verdad, que si la madre es tan hermosa como la ama que le cuida, sin duda debe de ser la mas hermosa muger de Italia. No la veriamos? dijo el Duque: Si por cierto: esperad, que yo la haré salir.

Quedóse el Duque con el niño dandole mil besos, quando apareció el Cura, trayendo de la mano á Cornelia hermosamente aderezada, que con el sobresalto la salieron tales colores al rostro, que la duplicaron su belleza. El Duque se quedó pasmado luego que la vió: iba Cornelia á echarse á sus pies, y el Duque la cogió en sus brazos, en que estuvieron abrazados mucho tiempo,

der-

derramando uno y otro lagrimas, sin poderse hablar. Ya se desprendieron, y el Duque alborozado, llamó á Fabio: dixole: Toma un Caballo, y pasa á todo correr á Bolonia: di á Don Lorenzo Bentibolli, y á los dos Caballeros Españoles, que sin poner escusa alguna, vengán luego á esta Aldéa. Echó luego Fabio á correr á Bolonia, y el Duque se volvió para su Cornelia: preguntóla, por qué se havia salido de la posada de los Caballeros Españoles: y ella refirió todo el caso, y lo que la ama havia dicho, como tambien lo demás acontecido en la noche de la pendencia, y de su parto. Pusieronse á comer muy alegres, y esperaban, para colmar la alegría, á Don Lorenzo, Don Juan, y Don Antonio.

Llegaron, pues, y el Duque los recibió en una sala antes de donde estaba Cornelia, y esto sin muestras de contento alguno. Hizolos sentar el Duque; y encaminando su platica á Don Lorenzo, le dijo: Bien sabeis, señor Don Lorenzo Bentibolli, que yo jamás engañé á vuestra hermana, de lo que es buen testigo el Cielo, y mi conciencia. Sabeis asimismo la diligencia con que la

he buscado, y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido. Ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna. Yo soy mozo, y no tan experto en las cosas de mundo, que no me deje llevar de las que me ofrece el deleyte á cada paso. La misma aficion que me hizo prometer ser esposo de Cornelia, me llevó tambien á dar antes que á ella palabra de matrimonio á una Labradora de esta Aldéa. Y pues nadie se casa con muger que no parece, ni es puesto en razon, que nadie busque la muger que le deja, digo, señor Don Lorenzo, que veais qué satisfaccion puedo daros del agravio que no os hice, y que me deis licencia luego para cumplir mi primera palabra con la Labradora, que ya está dentro de esta casa.

En tanto que el Duque decia esto, Don Lorenzo se iba mudando de mil colores, y lo mismo pasaba por los demás. Advirtiolo el Duque, y dixo: Sosegaos señor Don Lorenzo, que antes que me respondais palabra, quiero, que la hermosura que veréis en la que quiero recibir por mi esposa, os obligue á darme la licencia que os pido. Levantóse el Duque, y fuese

por Cornelia. Entre tanto Don Lorenzo, Don Juan, y Don Antonio, furiosos todos tres, dixeron, que havia de cumplir la palabra que havia dado á Cornelia, y quando no, alli le havian de coser á puñaladas. En esto entró el Duque, y el Cura, trayendo á Cornelia en medio ricamente vestida, y adornada; y lo mismo fue verla Don Lorenzo, que intrépido se quiso arrojar á abrazarla, y tropezando en sus pies, el mismo Duque le puso en los brazos de su hermana, que abrazados los dos, y llorando de alegría, no acertaban á desunirse. Don Juan, y Don Antonio dixeron al Duque, que havia sido la mas discreta, y mas sabrosa burla del mundo. El Duque tomó al niño, que Sulpicia traía, en compañía de las dos amas, y dandosele á Don Lorenzo, le dixo: *Recibid, señor hermano, á vuestro sobrino, y mi hijo, y ved si quereis darme licencia, que me case con esta Labradora, que es la primera á quien he dado palabra de casamiento.*

No es posible contar el contento que todos recibieron. El Cura los desposó luego, y Cornelia entró en Ferrara; alegrando el mundo con su vista. Don Juan, y Don Antonio celebraron mucho

haber servido al Duque, quien les prometió por mugeres dos primas suyas con riquísimo dote. Ellos dixeron, que yá sus padres les tenian escogidas mugeres en sus tierras; porque los Caballeros Vizcaínos, por la mayor parte se casaban en su Patria. El Duque admitió su honesta disculpa, y al tiempo de venirse á su País les embió riquísimos presentes, habiendolos ya antes regalado como merecian. Fueron á despedirse de Doña Cornelia, la qual señora no sabia qué hacerse con ellos: suplicóles tomasen de su mano para memoria una niñería, expresion de su su cariño agradecido, que fue una Cruz de diamantes á Don Juan, y un Agnus á Don Antonio, que sin ser poderosos á hacer otra cosa, lo recibieron. Llegaron á España, y á su tierra, donde se casaron con ricas, principales, y hermosas señoras, y siempre tuvieron correspondencia con el Duque, la Duquesa, y D. Lorenzo Bentibolli, con grandísimo gusto de todos.

Concluyó el Escribano de referir este caso tan extraño, que dejó á toda aquella sencilla gente admirada, y enternecida del caso. No havia consuelo para las viejas que estaban hilando; porque todas destilaban de sus ojos lagri-

grimones muchos, con que tuvieron por largo rato con que suplir la saliva de su boca para humedecer la estopa que hilaban. Uno del congreso, de genio alegre, y festivo, dixo: Ea fuera lloros: vamos con cosas de risa: guarden esas lagrimas, que creeré las necesiten breve con lo que las voy á referir; pues me persuado, que todas se han de mear de risa; estando advertidos, que la Historia que voy á referir ha de ser en nuestras Tertulias el consue-la bobos de nuestras admiraciones, lagrimas, compasiones, y ternuras; porque lo que ha de hacer en este congreso no poco papel, ha de ser el referir aventuras chistosas de Don Quijote de la Mancha: y para que estén enterados de quien fue este Caballero, esta noche solo os le pintaré brevemente, para que le conozcáis en adelante, y referiré un lance de su disparatada vida.

No se sabe en qué lugar de la Mancha nació este hombre extravagante. Era reputado por Caballero, ó Hidalgo; pero creeré, que fuese de aquellos de medio pelo, que todo lo echan al nombre, y reputacion; porque éste se sabia, que era un Usía hambriento: pues como dice Cervantes, su manutencion se reducía á una

olla de algo mas de baca que de carnero; salpicon las mas noches; duelos, y quebrantos (que segun me persuado, son chofes, y bofes) los Sabados; lantejas los Viernes; algun palomino de añadidura los Domingos: esto era lo que consumian las tres partes de su hacienda. El resto de ella prosigue el mismo Autor, le concluían sayo de vellarte, calzas de belludo para las Fiestas, con sus pantuflos de lo mesmo: y los dias de entre semana se honraba con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los quarenta, y una sobrina, que no llegaba á los veinte, un mozo de campo, y plaza, que si ensillaba el rocin de su amo, tambien gastaba la podadera en sus viñas. La edad de nuestro Hidalgo andaba en los cinquenta. Era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caza. Y por ultimo, quieren decir, que se llamaba Quijada, ó Quesada.

Este grande Hidalgo fue tanto lo que se dió á leer libros de Caballería, que gastó mucho de su hacienda en comprarlos á montones. Ya havia olvidado el egercicio de la caza, y todo el tiempo le ocupaba en leerlos, tanto, que

que vinieron á trastornarle el juicio, dando en el mas extraño pensamiento, que jamás dió loco en el mundo: y fue, que le pareció necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su República, hacerse Caballero Andante, é irse por todo el mundo con sus Armas, y Caballo á buscar aventuras, y egercitarse en todo aquello que él havia leído, que los Caballeros Andantes se egercitaban, deshaciendo todo genero de agravios, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde, acabandolos, cobrase eterno nombre, y fama. Preparó sus armas; limpiólas, porque estaban mohosas de haver estado arrinconadas, y haver sido de uno de sus visabuelos. Puso nombre á su rocin, llamandole Rocinante; y él, á imitacion de otro Caballero Andante, ya antiguo, y célebre, llamado Amadis de Guala, se intituló D. Quijote de la Mancha. Como era costumbre, y él havia leído, que semejantes Caballeros Andantes tenian una Dama, objeto de sus proezas, y á quien, y por quien dedicaban, y se arriesgaban á los peligros, tomó á una moza, llamada Aldonza Lorenzo, con quien él en algun tiempo anduvo enamorado. Trató ponerla nombre que no

desdigese del suyo, y que tirase, y se encaminase al de Princesa, y gran Señora, y así, la llamó Dulcinéa del Toboso, porque era natural del Toboso.

Hechas todas estas prevenciones, y pensando ya él la falta que hacia en el mundo, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuer-tos que enderezar, abusos que mejorar, y deudas que satisfacer, salió de su casa bien armado, sin que nadie lo supiese, ni le viese, con extremado contento, por ver con quanta facilidad havia dado principio á su deseo. Caminaba Don Quijote muy alborozado, y se le vino á la memoria, que no era armado de Caballero, y que conforme á ley de Caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun Caballero: mas luego se le ocurrió el hacerse armar Caballero del primero que encontrase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él havia leído en los libros que tal le tenian. Havia andado todo aquel dia sin comer, y al anocheecer alcanzó á divisar una Venta, que él imaginó ser un Castillo con sus quatro Torres, y Capiteles de luciente plata.

Fuese llegando al Castillo imaginado, y á poco trecho de

de él se detuvo, esperando, que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompa de que llegaba Caballero al Castillo: pero como vió, que se tardaban, prosiguió su camino, y llegó á la puerta de la Venta. Vió en ella dos mugeres mozas, de estas que llaman del partido, ó perdidas, que iban á Sevilla con unos Arrieros; y como á nuestro Aventurero todo quanto pensaba, veía, ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que havia leído, luego se persuadió ser aquellas mugeres distraídas unas graciosas Damas, hijas del dueño del Castillo, que estaban á su puerta tomando el fresco. En esto sucedió acaso, que un porquero que andaba recogiendo una manada de cerdos tocó un cuerno á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quijote, que un enano hacia señal de su venida.

Las mugeres perdidas, luego que vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza, y adarga, llenas de miedo, se iban á entrar en la Venta: pero Don Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzandose la visera de su morrion, y descubriendo su seco, y pavoroso rostro, las dijo: No fuyan

las vuestras mercedes, nin teman desaguizado alguno, cá á la Orden de Caballería, que profeso, non toca, ni atañe facerle mal á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirabanle las mozas, y andaban con los ojos buscandole el rostro, que la mala visera le cubria: mas como se oyeron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudieron tener la risa, y fue de manera, que Don Quijote vino á cortarse, y decirlas: Bien parece la medida en las hermosas, y es mucha sandéz, además la risa, que de leve causa procede: pero non vos lo digo porque os acuitedes, ni mostredes mal talante, que mio no es desleal, que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras, y el mal talle, y figura de Don Quijote acrescentaba mas y mas en ellas la risa, y en él el enojo, si al punto no saliera el Ventero.

Este, viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en la risa; pero como picaron, que conoció luego el humor desbaratado de su huesped, le dixo: Si usted, señor Caballero, busca posada á men del lecho (porque en esta Venta no hay

pin-

ninguno) todo lo demás se hallará en ella con abundancia. Viendo Don Quijote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le pareció á él el Ventero, y la Venta) respondió: Para mi, señor Castellano, qualquiera cosa basta; porque mis arreos son las armas, y mi descanso el pelear, &c. Ayudóle á apearse, que lo hizo con mucha dificultad, y trabajo, como quien en todo aquel dia no se havia desayunado. Llevó su Rocinante á la Caballeriza; y á la buelta vió, que las doncellas, que ya se havian reconciliado con él, le estaban desarmando. Havianle yá quitado el peto, y el espaldar, pero jamás pudieron desencajarle la gola, ni quitar la contrahecha celada, que traía atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse desatar los nudos: mas él no lo quiso consentir; y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura que se puede pensar. Como Don Quijote pensaba, que aquellas mugeres perdidas, que le desarmaban, eran algunas principales Señoras, y Damas de aquel Castillo, las dixo con mucho donayre: *Nunca fuera Caballero de Damas tan bien servido, como fuera Don Quijote,*

te, quando de su Aldéa vino: Doncellas curaban de él, Princesa de su Rocino.

Digeronle, si queria comer alguna cosa? y respondió: Qualquiera yantaría yo; porque á lo que entiendo, me haria mucho al caso. Trajole el Ventero una porcion de mal remojado, y peor cocido bacallao, porque era Viernes, y un pan tan negro, y mugriento como sus armas. Pusieron la mesa á la puerta de la Venta por el fresco, y era materia de grande risa el verle comer; porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba; y así, una de aquellas taimadas señoras servia de este menester: mas al darle de beber, no fue posible, ni lo fuera; si el Ventero no oradára una caña, y puesta el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino. Todo era materia de risa. Estando en esto, llegó acaso á la Venta un capador de cerdos tocando su silvato, y Don Quijote se acabó de confirmar, que estaba en algun famoso Castillo, donde le hacian musica para comer. Lo que mas fatigaba á nuestro Hidalgo, era el no haverse armado Caballero; y así, despues que acabó de cenar, se fue al Ven-

te-

tero, y cerrandose con él en la Caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciendo: No me levantaré jamás donde estoy, valeroso Caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del Genero humano.

El ventero, que vió á su huesped á sus pies, estaba confuso, sin saber qué hacer, ni qué decirle: porfió con él que se levantase, y no fue posible, hasta que le concedió lo que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quijote; y así os digo, que mañana me haveis de armar de Caballero, y en la Capilla de este Castillo velaré las armas, para poder, como se debe, ir por todas las quatro partes del mundo buscando las aventuras de los menesterosos, como está á cargo de los Caballeros Andantes. El Ventero, que era un poco socarron, y ya tenia algunos burruntos de la falta de juicio de su huesped, determinó seguirle el humor, diciendo lo bien que hacia, y era necesario para lo que emprendia. Vm. le dixo, podrá velar sus armas esta noche en qualquiera parte, que no se opone, segun tengo

Tom. I.

25
leido: vino luego en ello D. Quijote; y así convino con el Ventero en velarlas en un patio de su imaginado Castillo: que arrimando sus armas al brocal de un pozo que allí havia, empezó á pasearse delante de ellas con muy sosegado ademan. El Ventero participó á todos los que estaban en la Venta la locura estraña de su huesped, y todos fueron á verle desde lejos los ademanes que hacia, que por ser tan raros, les causaba singular risa.

En tanto que estaban en esto, se le antojó á uno de los Arrieros que estaban en la Venta, llevar á dar agua á su requa, y fue menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu, quien quiera que seais, atrevido Caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso Andante, que jamás se ciñó espada: mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el Arriero de estas razones, que trabando de sus correas, las arrojó gran trecho de sí. Visto esto por Don Quijote, alzó los ojos al Cielo; y puesto el pensamiento, á lo que pareció, en su señora Dulcinea, dixo: Acorred-

D me;

me, señora mia, en esta primera afrenta, que á este avasallado pecho se le ofrece: y diciendo esta y otras semejantes razones, alzando la lanza á dos manos, dió con ella tan gran golpe al Arriero, que le derribó en el suelo, y faltó poco para dejarle muerto. Desde allí á poco, sin saber lo que havia pasado, llegó otro Arriero con el motivo tambien de dar agua á sus mulos; y llegando á quitar las armas, sin hablar Don Quijote palabra, alzando otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza de Arriero.

Al ruido acudió toda la gente de la Venta, y entre ellos el Ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerzo, y vigor del debilitado corazon mio! Ahora es tiempo que buelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo Caballero, que tamaña aventura está entendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los Arrieros del mundo, no bolviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el qual, lo mejor que podia, se repa-

raba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El Ventero daba voces, que le dejasen; porque ya les havia dicho como era loco, y que por loco, se libraria aunque los matase á todos. Tambien Don Quijote las daba, llamandolos alevosos, y traidores, y que el Señor del Castillo era un follon, y mal nacido Caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los Andantes Caballeros; y que si él huviera recibido el Orden de Caballeria, ya le daria á entender su alevosia: pero de vosotros, soez, y baja canalla, no hago caso.

Desistieron ya los Arrieros de tirarle, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud, y sosiego que antes. No le parecieron bien al Ventero las burlas de su huesped, y determinó abreviar, y darle luego la negra orden de Caballeria antes que sucediese otra desgracia. Al dia siguiente dispuso á su modo darle el Orden. Fuese para Don Quijote con el libro donde sentaba la cebada, en la mano: llevaba consigo un muchacho con una vela de sebo encendida, y las dos ya dichas doncellas, al qual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que

que decia alguna devota oracion) al medio de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un pescozon, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes, como que rezaba; pues segun el ceremonial de la Orden, en la pescozada, y en el espaldarazo consistia lo esencial de quedar armado Caballero.

Hecho esto, mandó á una de aquellas Damas, (que como grandes bellacas, lo hicieron de primor) que le ceñese la espada, lo qual hizo con mucha desemboltura, y disimulo, porque no fue menester poco para rebentar de risa á cada punto de las ceremonias. Al ceñirle la espada dixo la buena señora, Dios haga á Vm. muy venturoso Caballero, y le dé ventura en lides. Don Quijote la preguntó como se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, hija de un Remendon de Toledo. Don Quijote la replicó, que de allí adelante le hiciese merced ponerse Don, y se llamase Doña Tolosa. La otra le calzó la espuela, con la qual le pasó el mismo coloquio. Preguntó su nombre, y dixo, que se llamaba

la Molinera, porque era hija de un Molinero; á la qual tambien rogó Don Quijote, que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciendola nuevos servicios, y mercedes. Hechas, pues, de galope las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciendole la merced de haberle armado Caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la Venta, con no menos retoricadas, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

Concluyó este Tertulio la pintura, y primeros hechos de Don Quijote de la Mancha con bastante trabajo; porque asi él, como los que le oian no ocurría lance de los referidos, que no se tendiesen de risa por los suelos; porque tambien el relator era de humor, y gracioso, y los referia con gracia, que no era poco para aumentar las risotadas de todos. No acertaban á olvidar los lances, y en especial las mugeres, que ya sacaban este, y ya sacaban el otro, y bolvian á reir aun

mas que antes; hasta que el Hidalgo Benavides, sacando su muestra, vio, que aun faltaba media hora para las ocho, que era el tiempo asignado de la Tertulia, y quando cada uno se retiraba á su casa. Dixo, pues: Esto poco que resta ocupemoslo en tal qual gracioso chiste, que otra noche se dirán otros mas, que en verdad los tengo leidos, y en la mente los mas agraciados que se encuentran en las Florestas: y asi, tia Galga (que asi se llamaba de mal nombre la muger del tio Terrones) atice la lumbré, y quitenos de esas llares esa caldera, que estorva, y ocupa mas que la caldera de Mostoles, pues era tan grande, que no havia agua en el pozo para llenarla.

A esto dixo el tio Bermejo: Diganos por su vida, señor Hidalgo, si sabe, ó ha oido alguna vez, qué caldera es esa, que he oido hablar de ella muchas veces, y ninguno me ha dado razon de su grandeza, y tamaño desmesurado; como á qué fin los de Mostoles hicieron caldera tan grande? Yo os lo diré, tio Bermejo, que me alegro por cierto el que me hagais tal pregunta, para que empecemos con este motivo la diversion de los Chistes, y Cuentos graciosos.

Caminaban dos bien hermanados por un camino juntos en una Calesa. Para hacer menos penoso lo molesto de la jornada, y el triquili traquele de los golpes del carruage, campanillas, y cascabeles de las mulas, ibanse refiriendo cosas festivas, y de admiracion, quando uno, mentiroso de raza, de aquellos que mienten sin tino por diversion, sin daño alguno de tercero, dixo á su compañero, como havia visto en el Reyno de Murcia una berza tan por extremo grande, que á su sombra, en tiempo del Agosto, estaban comiendo hasta veinte segadores, sin darles á ninguno el sol: quedó admirado el que lo oia; pero procuró no hacer réplica alguna á su compañero, para no desazonarle, y que le dejase pasar sin escrupulo otra que en su mente estaba tramando, muy semejante á la pasada. Es cierto, compañero mio, que la noticia que me dais de esa agigantada berza es estraña; pero á mi no me hacen novedad esos prodigios; que la natularezá, como tan rara, podrá criar ese, y otros monstruos semejantes: lo que á mi me hace mas admirar es, lo que vi no ha pocos años en un Lugar, cerca de Madrid, transitando yo por él, que fue una cal-

caldera de tan rara magnitud, que estandola trabajando siete Artifices, ú Oficiales, trabajaban dentro de ella sin embarazarse cosa alguna, y por fuera hasta unos treinta con mucho desahogo, golpeandola, y labrandola. No pudo contenerse el sugeto á quien se lo referia, sin saltar con esta exclamacion: Soberrano Dios, qué pelota tan subida! Qué dice usted Don Fulano? Dónde va Vm. con tanta caldera? A qué fin tanto material? Digame usted por su vida: para qué querian los de Mostoles tan gran vasija? Yo se lo diré á usted. Para cocer aquella berza que vieron los ojos de usted en las huertas de Murcia. Esa es mentira, dixo el buen hombre. Nada de eso, amigo, porque es del mismo jaez, y cortada del mismo paño de donde usted cortó la de la berza.

Fue tanto el albarozo, y risotadas que ocasionaron la berza de Murcia, y la caldera de Mostoles, que por mucho rato no dejaron de reir los circunstantes, y las mugeres tendidas por los suelos, quebraron sus ruelas, usos, y palillos sin libertad alguna. Esperaba el Hidalgo Benavides, que hiciesen pausa en la risa para contarles otro chiste, no menos divertido que el pa-

sado, de los mismos caminantes, que si mentiroso era el uno, no se quedaba muy atrás el otro; porque eran picarones, y truanes de raza. Ya se cansaba de esperar, sin poderlos reducir á que callasen, y en alta voz dixo: Punto en boca, señoras mugeres, que esto no ha de durar hasta mañana, guarden algo de esa risa para el que se sigue, que si ahora lo rien todo, qué quieren dejar para en adelante?

Hicieron pausa los dos viajeros por un rato, celebrando tambien sus dos cuentos; y habiendo llegado á la posada, quando estaban cenando, la ama del meson les estaba haciendo corte, ó conversacion muy triste, y desconsolada, porque tenia su marido enfermo, y algo de peligro; pues un mal Barbero, despues de haverle sangrado mal, y dejadle cojo, se le agangrenó la sangria de suerte, que la pierna se le puso como un poste. Consolabanla lo mejor que podian; y empezando los dos compañeros á conversar sobre Barberos diestros, uno comenzó á ponderar la destreza del Barbero de Tordeumos, que á su presencia, habiendole dado á un hombre un accidente, de improviso quiso sangrarle: iban á descalzar, y quitarle medias, zapatos, y

cal-

caleetas, quando ya iba á dar las boqueadas el accidentado, y faltando la calceta de sacar, hizo, que asi como estaba le afianzasen la pierna, y por encima de la misma calceta le hizo una sangria tan buena, y copiosa, que le hizo bolver el alma al cuerpo; y el buen hombre, recobrado de su accidente, le vi pasear bueno, y sano por las calles de Tordeumos.

El socarron del que escuchaba, que siempre aguardaba á que su compañero desembuchase alguna patraña, se mostró muy sosegado, sin admirarse del caso, solo le dixo: Juzgará usted que á mi me ha hecho fuerza lo referido? Pues sepa que de esos lances le podré contar á millares. El lance extraño, y nunca oido es el que á mi me aconteció en Logroño, llegando de camino. Llegué á la posada, donde á la puerta del meson estaban unos paisanos en conversacion, y entre ellos Juan Antonio Larrea, uno de los Barberos de aquella Ciudad, y el mas diestro en sangrar de quantos se han conocido. Saludéles, y ellos me correspondieron urbanos: mas lo mismo fue desmontarme de la mula, que caer redondo en el suelo de un accidente, y flux de sangre, que me puso mortal. Acudió el sobredicho Barbero, y dixo: pronto aqui

una sangria; y sin aguardar á que me quitasen unas botas de caña, medias, y calcetas, sobre la misma bota de caña me hizo una tan acertada, y copiosa sangria, que yo al punto me levanté sano, y bueno, como si tal accidente no huviera tenido; y echando mano al bolsillo, le di un doblon en oro, que quedó Juan Antonio Larrea muy contento, y yo muy agradecido. Jesus, Jesus me valga! qué bola! dixo que oia. Aun no paró aqui el prodigio, señor mio: que me vendó la sangria con tal destreza sobre la bota, que asi dormi aquella noche; y al dia siguiente monté á caballo, y caminé hasta Arcos sin quitar las vendas de sobre la bota, según él me lo havia dicho; y quando llegó la ocasion de quitarlas me encontré con otro segundo prodigio; pues la bota apareció como si tal rotura no se la huviera hecho, y jamás huviesé llegado á ella lanceta alguna. El compañero, pasmado, y aturdido, no tuvo otra cosa mas que decirle: Hombre, usted es el demonio. Quién semejante patraña havrá oido? Pues amigo, sepa usted que esta es tanta verdad como la que dice un ladron cogido en el hurto.

No es ponderable la gritería, y risotadas que causaron los

los dos cuentos á todos los de la cocina; pues llegó á tanto, que saliendo fuera de si el tio Anton Terrones, huvo de caer en la lumbre, si al punto el que estaban inmediato á él no le detiene. Con esto todos se levantaron alborozados, y risueños, teniendo materia con que reir aun estando durmiendo. Estabanse ya despidiendo, quando el tio Bermejo dixo: Se-

ñor Escribano, denos esa relacion de Historias, que nos ofreció para el tiempo de despedirnos. Ay, si, les dixo; por cierto que con tanta diversion ya no hacia mencion de tal cosa. En verdad que con todo cuidado la meti en el bolsillo de la casaca, segun me la dió impresa el mismo Impresor Don Manuel Martin, que es la siguiente.

SURTIDO DE VARIAS HISTORIAS,
asi Sagradas, como Profanas.

- | | |
|--|--|
| 1. H istoria tragica de Herodes el Grande. | 15. La de Mahoma. |
| 2. La del Diluvio Universal. | 16. La de los siete Infantes de Lara. |
| 3. La del Juicio Universal. | 17. La del gran Martyr Español San Lorenzo |
| 4. La del Emperador Constante. | 18. La del Profeta S. Elias. |
| 5. La Destruccion de Jerusalén. | 19. La de San Hermenegildo, Rey de España. |
| 6. La de Santa Isabél, Reyna de Ungria. | 20. La del gran Cisma de Inglaterra por Enrico VIII. |
| 7. La de Nuestra Señora de Monserrate. | 21. La segunda parte por Eduardo su hijo. |
| 8. La del Emperador Constantino. | 22. La del Patriarca Joseph en Egypto. |
| 9. La del Rey Salomón, y Fabrica del gran Templo de Jerusalén. | 23. La de la Pérdida, y Restauracion de España. |
| 10. La de San Clemente. | 24. La de los Isleños Anacoretas. |
| 11. La de Esther, Aman, y Mardochéo. | 25. La de S. Juan Evangelista. |
| 12. La de San Juan Chrisotomo. | 26. La de Judith, y Holófernes. |
| 13. La del Cid Campeador. | 27. La de los Niños de Triden- |
| 14. La de Nerón. | |

- dentó, y de la Guardia.
 28. La del Justo Daniel.
 29. La de Judas Machabéo.
 30. La del Profeta Eliséo.
 31. La de Isaias, y Jeremias.
 32. La de Sanson.
 33. La de Moysés.
 34. La de los Martyres San Clemente, y San Agatangelo.
 35. La de la Creacion del mundo.
 36. La de Bernardo del Carpio.
 37. La del Conde Fernan Gonzalez.
 38. La de la Conversion de Francia.
 39. La de la Pasion, y Muerte de Jesu-Christo.
 40. La del Santo Rey David.

Amigos, estas son las especiales Historias que hoy en el día se venden con bastante séquito, porque son muy egemplares, divertidas, y las mas Sagradas, atestiguadas todas con Escritura, Santos Padres, Autores, é Historiadores, los mas bien admitidos: y verdaderamente, que quando no haya materia de que hablar, por acaso alguna noche, con una Historia de estas que se lea, estarémos grandemente divertidos. Tiene usted razon, señor Escribano, dixeron todos, y bolviéron á recordarselo al tio Mauro Pellejero, no dejase de traerlas; con lo qual unos y otros se despidieron, y se fueron á su casa, quedando solas en la cocina las mugeres, acabando de reir los hechos de Don Quijote, y chistes de la sangria, Berza de Murcia, y Caldera de Mostoles.



FIN.